

DON QUIJOTE

HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA. PERO NO SE VENDE

Redacción y Administración: Luisa Fernanda, 13, Madrid.

Fundador: EDUARDO SOJO

SE PUBLICA LOS VIERNES

ANIVERSARIO

El día 11 hemos celebrado el XXX aniversario de la proclamación de la República en España.

Si pactamos la unión, si nos coaligamos todos los republicanos para el hecho de fuerza, todos los republicanos, desde los progresistas á los federales, acaso el próximo aniversario de la República podamos celebrarlo desde el Gobierno.

Los momentos son supremos. Que cada uno cumpla con su deber y será un hecho, un hecho inmediato, la instauración de la República en España.

UN HIMNO

Chinda, chinda, tachinda, chinda, chinda...

Necesitamos un himno. No es nuestra necesidad más apremiante, pero es, sin duda, una necesidad. Hace falta una armonía que exalte en los corazones el patriotismo, que aliente al ciudadano en la labor y al soldado en el combate, cuyas estrofas resuenen en el taller, en la escuela, en el cuartel, en la plaza pública, que sea para los propios entusiasmos y en los extraños homenajes, que sirva para el mutuo cambio de agasajos en las solemnidades internacionales. Un himno es tan necesario para los pueblos como los colores de la bandera ó los emblemas del escudo. España está afónica. Necesitamos un himno nacional que venga á ser como la voz misma de la patria.

Allá cuando, á falta de otro sentimiento más serio y más hondo, una patriotería gárrula y vocinglería se desató por plazas y plazuelas, buscaron las gentes, por espontáneo impulso, un medio de expresión, desglosando, al efecto, de cierta piececilla de teatro por horas, una especie de pasodoble. Fué un conato, aunque frustrado, de himno nacional. ¡Pobre marcha de «Cádiz»! También los tangos, como los libros, *habent sua fata*. El desastre arrastró en su turbia corriente al insípido pasacalle con su ¡viva España! y todo. Hoy no hay nervios que resistan la repetición de aquel fragmento de zarzuela, fiel emblema de un patriotismo zarzuelero.

Los realistas de la rama femenina tienen resuelto el problema á su plena satisfacción. Se califica de himno nacional á una música palaciega, y asunto concluido. La solución encierra más malicia de lo que aparenta. Himno de Dios, himno del rey, himno de la patria, la tal musicuilla satisface así, en pocos compases, las aspiraciones de toda alma sinceramente monárquica. Identificando al rey con la patria, expresa, en el orden de los sonidos, el tan renombrado principio de la consustancialidad. Aplicado por modo traslaticio del rey á España, simboliza la superioridad y preexistencia que, según el realismo, corresponde á la corona sobre la nación. Y, en fin, excluyendo á todo el que no sea monárquico de la comunidad lírico-patriótica, declara á la mitad y pico de los españoles parias de la solfa é ilegales ante el pentágono.

Nada tengo que objetar á la «Marcha Real» en tanto que tal marcha. Como marcha, repito que me satisface y hasta me enajena. Para himno nacional fáltale un ligero requisito: el asentimiento de la nación. Las cuadrillas que operan en la política bajo la razón social Silvela-Maura ó Montero-Moret, son, sin duda, muy poderosas, pero no pueden aspirar á la dictadura filarmónica. Estas cosas pertenecen al género de aquellas que, como diría mi insigne amigo Joaquín Costa, sólo pueden ordenarse *ad referendum*. No es posible que pase por himno de España una piececita que tiene el triste privilegio de encocorar á más del cincuenta por ciento de los españoles. El pueblo en masa no siente palpitar en esas notas el espíritu de la patria. En sus transportes de patriotismo, el francés entona los vibrantes compases de *La Marsellesa*; el inglés alterna el *God save the King* con el *Rule Britannia*; el boer modula el canto semibíblico, cuyos acordes le inspiran tan grandes heroísmos. Yo nunca he visto á un español que, henchido de patriótico entusiasmo, prorrumpiera en la cansada tonadilla:

Chinda, chinda, tachinda, chinda, chinda...

Por cierto tengo, dulce Teótimo, que te sabes de coro el origen presunto del susodicho *morceau*. ¡No! Pues escucha y tiembla. Es el caso que el

buen rey Carlos III, afligido por no poseer un trozo musical digno de la regia grandeza, comunicó su cuita á su primo el no menos buen rey Federico II de Prusia ¡Primos!, dirás. Si, primos. Los reyes todos, á semejanza de ciertos números, son primos entre sí. El gran Federico determinó tomar un poco el pelo al gran Carlos, á cuyo efecto, con la colaboración del mismísimo Voltaire (¡estremécete, oh Peyrolón!), arregló para uso de la corte de España cierto rigodón ó gavota muy en boga entonces por allá. La cual gavota ó rigodón constituye desde aquella fecha el fondo permanente en el variado y escogido repertorio de la banda de alabarderos.

¡Historia! ¡Novela! Para el caso tanto monta. La «Marcha Real» no puede ser un himno nacional por la razón potísima de que es un himno de partido. Aun para esto resulta deficiente. De las dos porciones, blanca y negra, en que está moralmente segmentada España, ninguna encuentra en la borbónica contradanza la expresión fiel de sus deseos. La España negra exhumaría de buena gana el *Pitita, bonita*... de los buenos tiempos del Deseado, ó elevaría á la condición de canto patriótico aquel «Ruja el infierno, brame Satán» tan rico en caridad como en eufonía. La España blanca, ó siquiera roja, nos recordaría después de medio siglo largo, lo que *Espartaco le dijo á la reina*, ó entonaría á pleno pulmón aquel «Trágala» animado y animoso, la más adecuada manifestación del genio íntimo de la raza. ¡No has reparado en ello, amado Teótimo! Todo lo que es parcial y exclusivo encuentra aquí su acento propio. Sólo la comunidad nacional no tiene voz. El separatista catalán canta «Els Segadors.» El bizcaitarra exhala en el «Guernikako» su inquina al infame *maketo*. Todos los odios hallan su expresión; únicamente el patriotismo no da con la suya. ¡Es que no tendremos en España un himno nacional porque en España no hay nación?

De entre tantos millones como aquí se malgastan, derrochan é irregularizan, ¿no habría algunos miles de duros para ofrecerlos en recompensa á aquel sacerdote de Euterpe que acertara á dar forma eufónica al sentimiento nacional y traducir en el mundo de los sonidos los anhelos del alma de la patria? Yo ya sé que las grandes inspiraciones no suelen nacer en los concursos ni ser premiadas con dinero. Pero á falta de pan... ¡Qué hermoso tema para exaltar la fantasía de nuestros Giner y Bretón, Chueca y Chapí, Valverde y Caballero! Evocando los manes de los Beethoven, Haydn, Mendelssohn, Meyerbeer, Wagner, cabría componer un canto patriótico, sereno como el «Himno austriaco», gracioso y vivo como la «Marcha turca», fino y elegante como las de las «Antorchas», sonoro como la de «Aida», grandioso como la del «Tannhäuser», triste y plañidero como la fúnebre de Chopin: algo que expresara las añoranzas del pasado, las amarguras del presente, los temores del porvenir: un trozo musical con sus recuerdos de *Miserere* y sus fragmentos de *Dies Irae*, digno de resonar en los funerales de la que fué una gran nación. Cuando menos nuestros artistas podrían imitar aquella donosísima canción que compuso Gounod para el entierro de una muñeca. Todo menos consentir que el que ha sido himno fúnebre de nuestra grandeza colonial lo sea también para la patria, y que la madre España se vea conducida al sepulcro á los acordes de la antipática melopea:

Chinda, chinda, tachinda, chinda, chinda...

ALFREDO CALDERÓN

POLEN

—Hay pobres gentes que pasan hambre...
—¡Historia vieja más importuna!... ¿quién no la sabe?
¡Cerrad la puerta que pasa el aire!
—¡La pobre anciana murióse de hambre!
—¡Vuelta á la historia!
¡Traed manjares!
—¡La pobre anciana...
—¡Que siga el baile!
¡Cerrad la puerta que pasa el aire!...

Ahogada queda la vieja historia por el alegre son de los valeses...

Las gotas puras de la lluvia tenaz que cae, cual misteriosas lágrimas, brillan en los cristales y, al azotarlos, suenan en ellos ¡cual si llamasen!

Los hombres rudos, fieros y foscós, los de las negras visiones trágicas, los que en la lucha desesperante dudan de todo calor piadoso, vuelven á casa... Vuelven helados por la inclemencia del crudo invierno, por la inclemencia cruel humana... pero al recuerdo de los hogares ¡el calorcito de las familias les llega al alma!

VICENTE MEDINA.

EL BUSCAVIDAS

Aquí hay una cantidad enorme de padres de familia que carecen de lo necesario para mantener á sus hijos y andan por las calles hechos unos adelesios.

Más de una vez me he encontrado á Ruipérez delante de casa de Morán, el montañés de la calle de Peligros, contemplando una fuente de alcachofas rellenas. Tan flaco estaba Ruipérez, y con unas barbas tan inculcas y unos pantalones tan cortos, que me costó trabajo reconocerle.

—No lo extraña—me dijo él—he perdido carnes y se me ha acabado la ropa, y hasta he mudado la voz.

—¿Sigue usted cesante?
—Eso no se pregunta. Yo soy cesante crónico como el reuma.

—¿Tiene usted mucha familia?
—Cuatro chicos y á mi señora entrada en los nueve.

—¡Pero hombre! ¡Qué falta de consideración!
—¿Qué quiere usted? Son cosas que no se pueden evitar.

Ruipérez ha sido un excelente funcionario, probo, trabajador, enemigo de tomar café en la oficina é idólatra de los expedientes difíciles, pero llegó un ministro y lo dejó cesante. Desde aquel día Ruipérez vive de milagro, y con tal de conseguir un duro para su familia es capaz de cualquier sacrificio.

El año pasado se contrató como «figura de movimiento» en el Jardín del Retiro. ¡Se acuerdan ustedes de un chico que tocaba el bombo junto al primer bastidor de la derecha, y movía los ojos y abría la boca al compás de la música? Pues aquel chico era Ruipérez, ex oficial segundo de Administración civil y condecorado con la cruz de Isabel la Católica por sus servicios al Estado.

Todos los esfuerzos de Ruipérez, para obtener su reposición, han resultado inútiles hasta la fecha; y el pobre anda por ahí, vestido como Dios quiere y con unas botas que parten el alma. Por uno de los boquetes se le sale el dedo gordo, y él, por un exceso de rubor, se lo tiene todas las mañanas con tinta.

Ruipérez, que es persona útil y laboriosa y digna, no logra una miserable credencial, y, en cambio, hay aquí sujetos sin ortografía, ni moral, ni religión, ni obligaciones, ni vergüenza, que cobran tres ó cuatro sueldos todos los meses, y se pasean dándose mucho tono y mirando con desprecio á la humanidad.

Sin ir más lejos, ahí tienen ustedes á Múzquiz, que desempeña la secretaría particular de un ex ministro por treinta duros al mes, y además figura en el presupuesto de Hacienda con doce mil reales al año; y, aparte de esto, cobra otros doce en Gobernación de gastos del material, y doce en el Ayuntamiento con cargo á la renta de consumos... En fin, el hombre reúne unos 44.000 reales al año limpios de polvo y paja, y tiene tres gabanes y siete pantalones, y dos levitas, y un frasco de agua de colonia para perfumarse el cutis, y una boquilla de espuma de mar y ámbar, y una chalequera á quien paga el cuarto y con la que se va de noche al café de los Artistas.

Dicho se está que Múzquiz no asiste á más oficina que la casa del ex ministro, donde despacha

la correspondencia en menos de una hora, y donde hurta cigarros puros cuando el personaje vuelve la cabeza.

En cuanto éste se levanta, ó estornuda, ó se queda dormido—porque está muy gordo y se va á morir de una apoplejía el día menos pensado—ya está Múzquiz metiendo los cinco dedos en una caja de puros riquísimos que suele dejar el personaje sobre la mesa.

Terminada la operación del despacho, Múzquiz saluda y vase; pero en vez de dirigirse á cualquiera de las oficinas, donde figura como funcionario, se mete en el café á hablar con los amigos sobre toros ó á discurrir sobre política europea; y no va á las oficinas, porque el ex ministro ha tenido buen cuidado en decir á cada uno de los Jefes de las respectivas dependencias:

—Advierto á usted que Múzquiz, un empleado perteneciente á esa oficina, es Secretario mío. Por lo tanto no cuente usted con él.

—¡No faltaba más!—contestan los jefes de Múzquiz inclinándose.

Y Múzquiz vive al pelo, siempre escudado con la Secretaría del personaje y pensando siempre en la manera de obtener otro sueldecito.

Ahora anda viendo si mete la cabeza en la nómina de la Diputación provincial y si puede obtener unas cuantas administraciones de casas en Madrid, y si el ministro de Agricultura le regala alguna cantidad para escribir una Memoria sobre el cultivo de la remolacha ó del corcho taponero. Este es otro de los recursos con que cuentan los chicos influyentes y desahogados. El ministro les encomienda la misión de escribir *Memorias* que no se escriben nunca... y vamos cobrando.

¡Dios misericordioso! ¡Por qué no me has dotado con las condiciones necesarias para ser buscavidas? ¡Por qué me has hecho hombre de vergüenza?

LUIS TABOADA

CONFITEOR

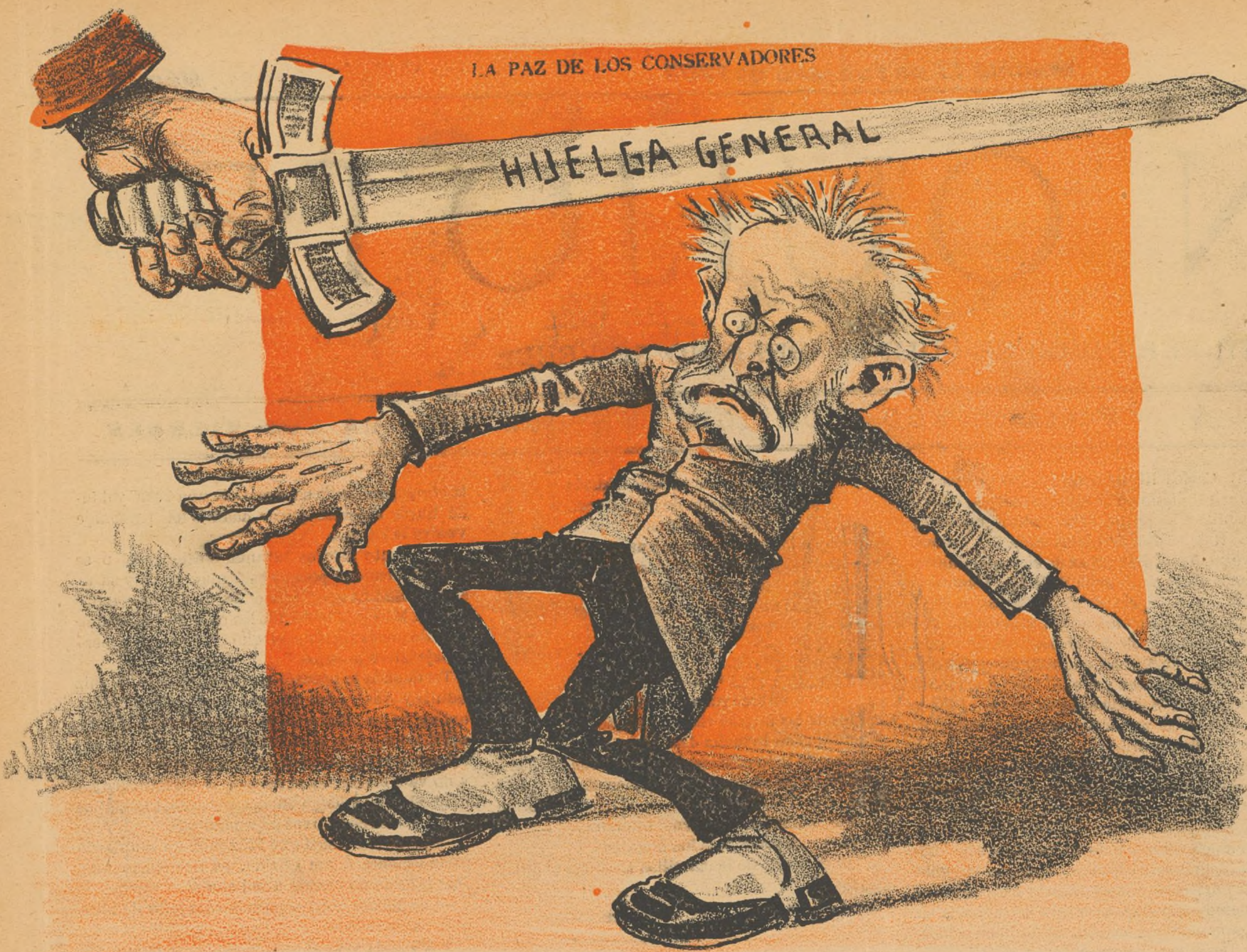
I
—Yo tengo celos, padre.
—Mala cosa.
—¡Unos celos rabiosos!
—¡Ay de tí! ¡No confías en tu esposa? Pues sufrirás tormentos espantosos.
—Si no se trata de eso, señor cura, mi mujer es honrada.
—¿No tienes celos de ella, criatura? Pues entonces, ¿de quién?
—De mi cuñada!
—¡Horror de los horrores!
¡El demonio ha inspirado esos amores!
—Es muy guapa, ¡guapísima! La quiero, pero no se lo he dicho por si fuera un capricho pasajero...
¡Ay, no está mal capricho!
—Y acaso lo será.

—Le siento ahora convertido en pasión abrasadora. Verá usted. Cuando tuve pulmonía llamaron á un doctor que vive enfrente; me he curado hace un año, un mes y un día, y el hombre sigue yendo todavía, porque dice que estoy convaleciente! ¿Y sabe usted por qué? Yo me figuro, ¡qué digo figurarme! estoy seguro de que mi cuñadita no le parece fea... ¡qué le ha de parecer, si es tan bonita! y ante la sola idea de que si va á casarse me la quita, me irrita sufro, me enfurezco, ¡lloro! lo que me prueba, padre, que la adoro.
—Eso no puede ser! El hombre fuerte ha de saber luchar con las pasiones. Tu amor es criminal: ¡antes la muerte! Vencerás con ayunos y oraciones.

II
—Aquí estoy, padre cura. Ya mis celos huyeron como nubes de verano.
—Nunca faltan consuelos para todas las penas de un cristiano.
—Sí, ya vivo feliz, ya estoy tranquilo y no paso los días con el alma en un hilo cavilando un sin fin de tonterías.
—¿Y quien supo salvarte de las garras de aquella tentación?

—Mi buena estrella.

DON QUIJOTE



LOS NUESTROS

Silvela.—¡Cielos, la huelga general!



Montero Rios.—¡¿qui tienen ustedes el nuevo programa de partido liberal!



LAS PREOCUPACIONES DE ABARZUA

BIBLIOTECA MUNICIPAL MADRID



—¿Pero porqué me recomendará la prensa que abra el ojo?



CANDIDATOS A LA DIPUTACIÓN

La Cecilia Aznar.—¡Dejad que vengan á mi las pudibundas damas de la aristocracia! ¡que van á oír cosas buenas!



EL CAKE WALK
Voces en el público.—¡Que bailen! ¡Que bailen!



R. SÁNCHEZ DÍAZ



LOS NUEVOS PRESUPUESTOS

Villaverde.—¡Prepárate á pagar!
Contribuyente.—¡Como no te cobres en carne!

El médico de marras
iba... ¡por mi mujer! y huyó con ella.
—¡Un castigo de Dios! ¡Diente por diente!
¿Y qué ha pasado?

—Nada;
pues... que yo me quedé con mi cuñada
y vivimos los dos tan ricamente.
SINESIO DELGADO.

La enseñanza católica.

El odio y la saña con que atacamos al catolicismo aquellos que hemos sido antes educados por él, proviene del recuerdo del mal que nos causó en la niñez; del envilecimiento en que nos tuvo cuando nuestra razón se abría por vez primera al sol de la verdad como una flor temblorosa.

Anatolio France pinta un rector de Seminario que lucha con un alumno rebelde, especie de joven Renán que se encabrita ante los absurdos del dogma, incompatible con la ciencia.

—Triste suerte la nuestra—murmura el viejo sacerdote—. Los martillos más fuertes, que conmueven y agitan el templo, dentro del mismo templo se forjan.

Así es y será. El catolicismo fabrica con sus manos sus peores enemigos, como la antigua esclavitud forjó a Espartaco y a las turbas de emancipados que caían sobre ella con sus espadas vencedoras.

Todos los educados por la escuela católica la conservan rencor por la degradación intelectual que sufrieron de niños, y se indignan recordando las mentiras que les hicieron tragar durante largos años.

Recuerdo yo que pasé algunos años de mi niñez deseando ser demonio, y ansiaba ocupar cuanto antes este cargo. Los curas, en la escuela, nos amenazaban con las penas infernales por la más leve falta. Se iba al infierno por un mal pensamiento, por no saber la lección, y los demonios atormentaban a los condenados con toda clase de horrores. Entre quemar ó ser quemado, entre pinchar ó ser pinchado, lo primero era preferible; y ya que resultaba forzoso ir al infierno por el más leve descuido en el rezo ó las lecciones, lo importante era estar en él lo mejor posible, ocupando una plaza de demonio, ó sea de los que pegaban. Y con el deseo de hacer méritos para conseguir el empleo, discurría yo toda clase de pecados, los más enormes que podía forjar mi tierna imaginación, convencido de que las faltas pequeñas eran para los bobos destinados á víctimas y las horrendas para los listos, que llegaríamos á diablos, gozando de la batohola del infierno, más entretenida y grata que las tortas de miel y la canturria gangosa de los serafines en el cielo.

¿Que todo esto es ridículo?... Lo sé; pero demuestra lo que puede producir la educación católica en una imaginación algo precoz, casi á la misma edad en que los muchachos impíos de otros países abandonan á sus familias para correr el mundo y trabajar en un porvenir.

Mientras en España no exista la escuela, verdaderamente escuela, sin catolicismo ni religión alguna y sin otra fe que la de las demostraciones científicas, es inútil esperar esa paz moral, ambiente necesario para el progreso de las naciones.

BLASCO IBÁÑEZ

Las malas madres.

El señor gobernador, que es una buena persona, ha dado severas órdenes á fin de que se recojan esas pobres criaturas, víctimas propiciatorias del vicio, aun en esa edad en que es capullo la rosa.

La medida es excelente, digna de aplauso y de loa, y lo único que me extraña es que á la vez se disponga entregarlas á sus madres, que en tal trance las colocan.

¿Sus madres? ¿Pues qué? ¿las tienen? ¡Son madres las que, en mal hora, convierten su seno en fábrica de seres, que luego explotan!

Ese dulce nombre, emblema de la abnegación heroica, del desinterés sublime, de la pasión más hermosa, que nunca toca en la tierra y siempre en el cielo toca, no debe darse á esas viles comerciantes de deshonra; que ese nombre se profana si en casos tales se invoca.

Esas hembras que á sus hijas convierten en vergonzosas mercaderías del vicio, para vivir á su costa, y al interés las impulsan,

y al lupanar las arrojan; las que á un tablado las llevan para que enseñen sus formas haciendo muecas lascivas y contorsiones eróticas para enganchar viejos verdes ó sietemesinos posmas, puestas en escaparate hasta que alguno las compra; las que apartan de su lado al que es pobre y las adora, para ver si cae alguno que pague bien su deshonra, como mueble que en subasta al mejor postor se otorga; las que en un tráfico infame la maternidad transforman, y lo que valen sus hijas aprecian por lo que cobran... esos repugnantes seres que indignan y que sonrojan y que la naturaleza, más bien que produce, aborta, no pueden llamarse *madres*, ni *mujeres*, ni *personas*, ¡ni fieras! porque aun las fieras si lo saben se incomodan.

PÉREZ Y GONZÁLEZ

Ciérrase el encasillado.

Eso dicen los calendarios ministeriales, como si anunciaran la clausura de las velaciones, ó la pesca de ánimas.

De modo que ya no cabe ni un mosquito; todo el que no se halle á estas horas encerrado en el arca milagrosa de la alianza mauro silvestre no saldrá diputado, *manque* los mismísimos mengues electorales lo voten.

Maura es el hombre de la suerte, el político de cara bonita, que ha logrado trastornar con sus hechizos revolucionarios á todo el sistema planetario.

Así ha podido hacer el encasillado como si fuera encaje inglés, pues aprovechando el *desmigue* del partido liberal ante la lectura de los salmos de Montero, la incertidumbre de los teutuanistas y la petrificación de los republicanos, no ha tenido que guardar las formas, ni los casilleros.

¡Hasta lo que parece increíble! Le han faltado candidatos y se ha tenido que ir de caza para completar la mayoría con unos cuantos conejos de campo.

Si el ministro de la Gobernación contemplara aquello de que la revolución, hay que hacerla desde arriba debiera empezar por exponer al público el flamante encasillado, y aunque no fuera más que á perra gorda la entrada, puede estar seguro de que sacaría para los vidrios rotos electorales con el importe total de las perras que dejaron los visitantes.

¡Pero cualquiera penetra en el santuario maurista, convertido en incubadora de legisladores!

Cerrado el encasillado, no se permite que lo visiten ni la familia de los *interfectos*, porque algunos están desconocidos; sobre todo el que tiene pequeño el casillero, está en una postura que parece está haciendo algo feo sobre un acta futura; otros están descompuestos y han variado de color político, y sería muy cruel que las esposas y los hijos vieran los tormentos que se imponen los hombres por ser diputados de la nación.

Además que el encasillado no está solo; para su custodia y guarda, tiene Maura, amarrado al artefacto político, un perro.

Hay quien dice que no es perro, que es perra, y que atiende al nombre de *sinceridad*.

Los porteros son los únicos que pueden dar alguna noticia respecto al contenido de la griller electoral.

Uno de ellos me ha contado que el otro día entró Maura con un amigo, para que éste viera el encasillado.

—¡Hombre!—exclamó el visitante fijándose en una perra que salía de uno de los casilleros.—¿De quién es esa pata?

—¡Chist! Que no lo oiga—contestó Maura á su amigo—es de Pérez.

—¿Y por qué no la mete?

—¡Porque aquí no la puede meter, la meterá en el distrito!

Cerróse, sin contratiempo alguno, el encasillado; ya está la felicidad de España y el probable redondeamiento de muchos, bajo siete llaves, siete cerrojos y las cuarenta y nueve estacas de los gobernadores de provincias.

La suerte de los distritos está echada; no se admiten reclamaciones, ni se devuelven los cascos.

Los que tengan la desgracia de ser representados por un diputado anónimo, no se entreguen á una desesperación suicida, porque si no trabaja por la prosperidad del distrito, al menos dirá si ó no, según convenga á los negocios del cacique.

¡Oh, sistema electoral de España! ¡Qué hermoso y qué sincero eres!

Sin ti no habría progreso posible, ni bienaventuranzas terrenales, ni podríamos llevar á las

Cortes unos representantes que sin necesidad de disfrazarse de máscaras, pueden recorrer sus distritos, diciendo á todo el mundo, y aciertan:

—¡Adiós, que no me conoces!

E. LUQUE MÉNDEZ VIGO

Máximas, refranes y sentencias frailunas

Demos gracias á Dios los monacales, de ver qué *listos* son los liberales.

Pidamos sin cesar á troche y moche por mañana y por tarde y aun por noche.

Al hablar á los fieles de templanza, procurar que no os miren á la panza.

Da dinero del treinta para arriba, pero cuida que nadie se aperceba.

Cuida en vez de ser bueno, aparentallo; y lo demás aunque lo parta un rayo.

Predica la excelencia de ser pobre, y tú procura siempre que te sobre.

Si hablas con cualquier hija de María por lo que pueda ser, dila, ¡hija mía!

En oliendo á una beata con dinero, hazte cuenta de que eres su heredero.

Estemos con la alforja prevenida, por si acaso nos dan otra embestida.

En oyendo tocar el himno Riego, igual tiembla el abad que tiembla el lego.

ERRANTES

Les sorprendió la noche é hicieron alto en el fondo de un desfiladero constituido por dos montes cortados á pico, cuyas cabezas se aproximaban allá arriba como para besarse, dejando sólo á la vista una faja de cielo alargada y llena de estrellas.

A los pies de aquellas dos altísimas paredes de piedra, serpenteaba la carretera, siguiendo las vueltas caprichosas del río que, ensanchado por el dique de una presa cercana, era allí caudaloso, profundo y sin corriente.

En la noche oscura, la superficie negra y lisa del río, limitada en las orillas por altos árboles, parecía la boca de alguna inmensa sima subterránea, la entrada de un abismo enorme y sin fondo, y allá en el interior negro, muy negro, se reflejaban los altos chopos de las orillas y la claridad del cielo, que dejaban pasar los montes.

Embutida en una grieta angosta de la montaña, cerca de un terraplén por donde continuamente rodaban piedras, había una borda, y la familia se detuvo en ella.

Era una de esas casucas que en las provincias del Norte se ven en las carreteras para descanso de los caminantes. Allí solían albergarse, gitanos, caldereros, mendigos, buhoneros, y toda esa gente sin trabajo que recorre los caminos.

La familia la constituían una mujer, un hombre y un muchacho. La mujer, que iba montada en un viejo caballo, bajó de él, entró en la borda y se sentó en el banco de piedra á dar de mamar á un niño que llevaba en los brazos.

El hombre y el muchacho quitaron la carga al rocín, lo ataron á un árbol, recogieron algunas brazadas de leña, las llevaron á la caseta y allí en el suelo encendieron lumbre.

La noche estaba fría; en aquel desfiladero, formado por los dos montes cortados á pico, soplaban el viento con fuerza, llevando finísimos copos de nieve y gotas de lluvia.

Mientras la mujer daba de mamar al niño, el hombre, solícitamente, le quitó el mantón, empapado en agua, de los hombros y lo puso á secar al fuego; después afiló dos estacas, las clavó en la tierra y colgó sobre ellas el mantón, que así impedía el paso á las corrientes de aire.

El fuego se había acrecentado, las llamas iluminaban el interior de la borda, en cuyas paredes blanqueadas se veían toscos dibujos y letreros, trazados y escritos con carbón por otros vagabundos.

El hombre era pequeño y flaco, sin bigote ni barba; toda su vida parecía reconcentrada en sus ojos chiquitos, negros y vivarachos.

La mujer hubiera parecido bella, sin el aire de cansancio que tenía. Miraba resignada á su hombre, á aquel hombre, mitad saltimbanqui, mitad charlatán, á quien amaba sin comprenderle.

El muchacho tenía las facciones y la vivacidad de su padre; ambos hablaban rápidamente, en una jerga extraña, y leían y celebraban los letreros escritos en las paredes.

Se pusieron á comer los tres sardinas y pan. Luego el hombre sacó una capa raída de un envoltorio, y arrojó con ella á su mujer. El padre y el hijo se tendieron en el suelo: al poco rato los dos dormían. El niño comenzó á llorar; la madre

se puso á mecerlo en sus brazos con voz quejumbrosa.

Minutos después, en el nido improvisado, dormían todos, tranquilos, casi felices en su vida nómada y libre.

Afuera el viento murmuraba, gemía y silbaba con rabia en el barranco.

El río se contaba á sí mismo sus quejas con tristes murmullos, y la presa del molino, con sus aguas espumosas, ejecutaba extrañas y majestuosas sinfonías...

Al día siguiente por la mañana, la mujer con el niño, montada á caballo; el padre y el muchacho comenzaron nuevamente su marcha y se fueron alejando, alejando, los errantes, hasta que se perdieron de vista en la revuelta de la carretera.

PÍO BAROJA

LIBROS

Después de los libros de Darwin, publicados por la casa Sempere y Compañía, es, seguramente, la obra más importante de dicho establecimiento editorial *Los enigmas del Universo*, del sabio profesor alemán Haeckel, recientemente dada al público.

Conocida es de todo el mundo intelectual la ilustre figura de Haeckel, el continuador y completador de Darwin. El eminente profesor de la Universidad de Jena, E. Haeckel, fundador y definidor de la filosofía monista, es hoy el más ilustre de los contemporáneos, el que mejor simboliza la grandeza intelectual de nuestra época.

Haeckel explica en su obra el origen de toda la creación y en especial el del hombre, el secreto de la formación del ser humano en el ovario maternal, el por qué de las fuerzas psicológicas del alma y la conciencia, y con lógica incontestable destruye la idea de un Dios personal, material y separado de la creación, base de las religiones positivas.

Los enigmas del Universo es una obra científica; pero, á pesar de este carácter y de los difíciles problemas que aborda, puede ser comprendida por todos con sólo que la lean con alguna atención.

Forman la célebre obra de Haeckel dos gruesos volúmenes de compacta lectura y esmerada impresión, con el retrato del autor. *Los enigmas del Universo* es libro que cuesta 15 francos en el extranjero. Al publicarlo por primera vez en español la casa Sempere, lo ha puesto á la venta á peseta el tomo, ó sea á dos pesetas toda la obra.

ANUNCIOS HUMORISTICOS

Todo el Madrid elegante lo dice: «No hay otro establecimiento de muebles, en toda la redondez del mundo, como el establecimiento de D. A. Vallejo, Alcalá, 17.» ¡Visítadlo y os convenceréis!

No hay mejor digestivo que el *Anís Portago*. Así lo aseguran todos los médicos inteligentes.

Colecciones de DON QUIJOTE del año 1902. Se remiten á provincias certificadas. Precio: 12 pesetas.

Se necesita un socio capitalista con dos ó tres mil duros para emprender la desinfección de los aguardientes de orujo, industria que dará grandes resultados, sin pérdida de capital. Informarán en esta Redacción.



**EL MÁS FINO,
EL MÁS SUAVE QUE SE CONOCE**
Libritos á 10 y 15 céntimos.
De venta en todos los estancos de España.
Depósito: Arco de Santa María, 23.

CAMAS Y MUEBLES
LA GRAN BRETAÑA
Plaza de Santa Ana, núm. 1.
Sucursales: Fuencarral, 102, y Preciados, 7
VENTA Á PLAZOS Y AL CONTADO

DON QUIJOTE

PERIÓDICO SATÍRICO
PRECIOS DE SUSCRIPCION
MADRID, un mes, 1,00 peseta; trimestre, 2,50; semestre, 5; año, 10.
PROVINCIAS, trimestre, 3 pesetas; semestre, 6; año, 12.
EXTRANJERO, año, 15 pesetas
Número suelto, 15 cts.; atrasado, 30.
A corresponsales y vendedores, 25 números, 2,50 pesetas.
Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de D. Miguel Sawa.

Imp. de A. Marzo. San Hermenegildo, 32, dupdo. Teléf. 3.127.